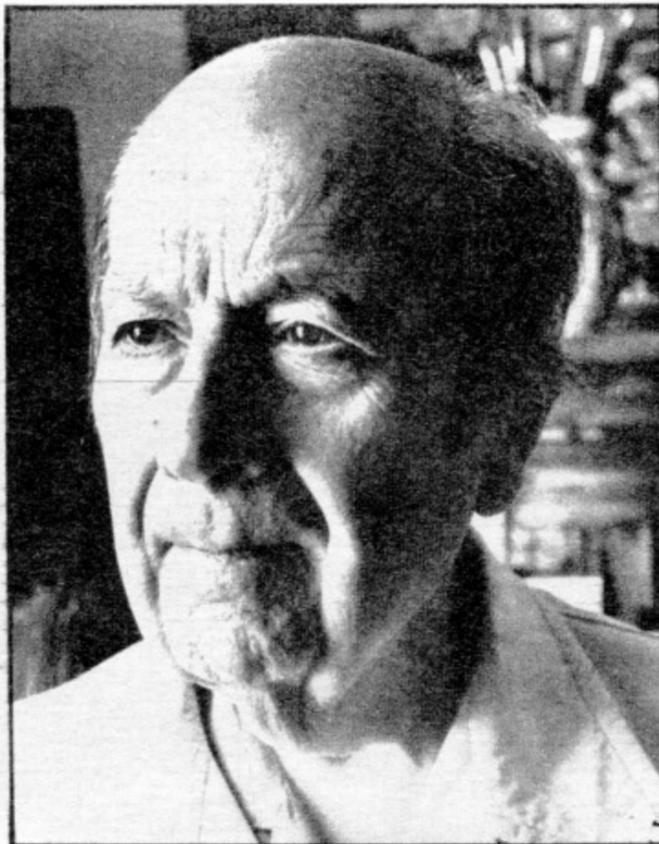
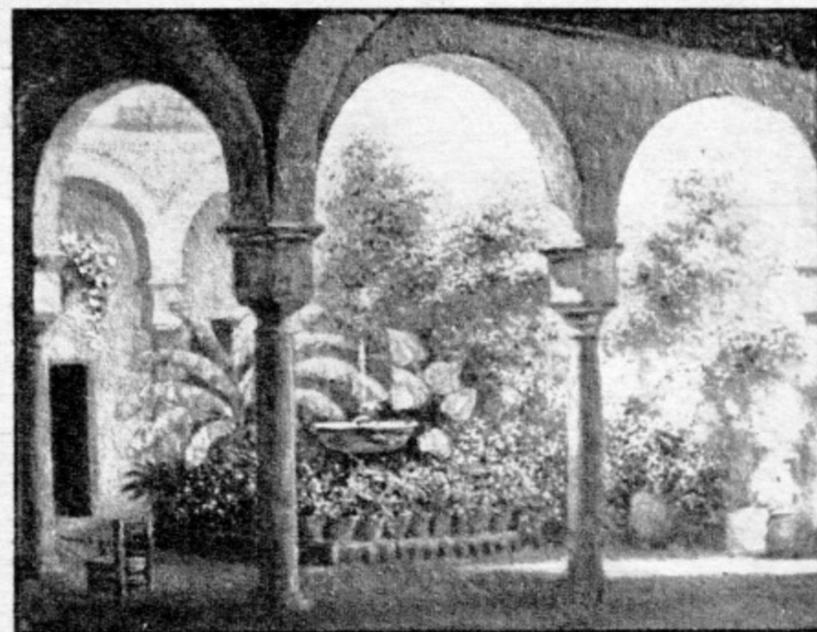
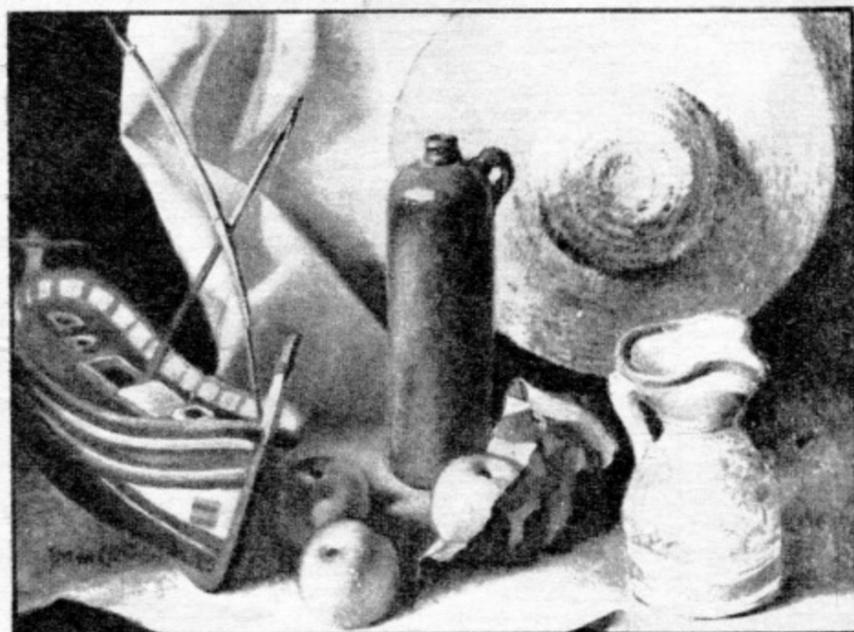


Sanvicente



Víches

Arriba, a derecha e izquierda de una fotografía reciente de José Martínez del Cid, «Rincón del estudio» y «Compás del Salvador»; abajo, «Bodegón» y «Patio de calle Betis», cuatro óleos del artista recientemente fallecido.



En la muerte del pintor sevillano

José Martínez del Cid (1904-1986)

CUANDO Sevilla se dispone a acometer la ardua empresa a que le reta su condición de sede de la Exposición Universal que en 1992 conmemorará el V Centenario del Descubrimiento de América, desaparece uno de los artistas sevillanos que más activamente participaron en la ornamentación de la Exposición Iberoamericana de 1929. Fue, José Martínez del Cid, un hombre tan modesto como lo son todos los grandes hombres y tan sencillo como su propia obra. «Parece que el artista debe renovarse, pero yo nunca he sentido ese deseo», nos dijo alguna vez, añadiendo: «Me ha parecido siempre más importante explorar la misma pintura que ya hacía cuando, con doce años, pinté por primera vez un rincón del Alcázar». Un cuadro que probablemente pintaría con los residuos contenidos en aquellos ya casi vacíos tubos de pintura que algunos marinos ingleses dejaban abandonados en el muelle y que el padre del futuro artista, obrero del puerto, recogía, como si de tesoros se tratasen, para que el chiquillo siguiera pintando.

José Martínez del Cid nació en la calle Betis el día 4 de enero de 1904. Muy pronto, cuando sólo tenía once años, sin apartarse de aquella orilla trianera, empezó a trabajar en el taller de cerámicas de Laffite, donde conoció a Gustavo Bacarissas, con quien trabajó de aprendiz, y a Grosso, Lagos y otros artistas que, como Vázquez Díaz, en la cerámica trianera encontraron entonces su medio de vida. Aquel mismo año de 1915 ingresaría también en la Escuela de Artes y Oficios, donde, entre otros, tuvo como profesores a Virgilio Mattoni, Rico Cejudo y Gonzalo Bilbao, quien, más adelante, lo elegiría para que desempeñara la función de profesor auxiliar de su propia clase. A partir de entonces y hasta su jubilación en 1974, medio siglo dedicado a la enseñanza de nuevas generaciones de artistas. Todos aquellos años en la misma escuela, de la que durante algún tiempo fue su director, y treinta y cuatro de ellos simultaneados con la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, en la

que, al fundarse, ingresó como profesor interino de Dibujo del Natural, obteniendo dos años después, por oposición, la cátedra de Perspectiva.

Esta dedicación a la enseñanza y la colaboración siempre mantenida con arquitectos limitaron en buena medida su ambición pictórica. El mismo año de 1921 en que participó por primera vez en una colectiva —celebrada en Nerva, donde, en otra ocasión, al conmemorarse el XXXVI aniversario de la aquella villa, obtuvo la tercera medalla de la exposición organizada por la Agrupación Amigos del Arte—, Martínez del Cid fue contratado por Aníbal González, en cuyo estudio creaba dibujos para la decoración de azulejos que, fabricados posteriormente en Valencia, el arquitecto comercializaba para toda España. Luego, al morir éste y sucederle Vicente Traver en los trabajos de la Exposición Iberoamericana, comienza a colaborar con este otro arquitecto en toda clase de trabajos; pero, especialmente, para el casino y el teatro de la misma,

cuya decoración a él se debe íntegramente y por la que fue premiado con la Medalla de Oro, correspondiéndole la de plata por su labor como dibujante en aquel certamen. A estos reconocimientos hay que sumar la Cruz de Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia, propiciada por la Casa de Velázquez, institución fundada en Madrid por Pierre Paris y que, al cumplir sus bodas de oro, quiso así premiar al primer pintor sevillano que, en 1929, en ella estuvo pensionado.

Esta es, a grandes rasgos, la semblanza del artista sevillano que, cuando contaba ochenta y dos años, el día 10 de este mes de octubre exhalaba su último suspiro a la vera de la otra orilla del río que lo vio nacer. En la calle Varflora se fundía entonces con la eternidad, calladamente, como transcurrió toda su vida, uno de los eslabones más calificados de la historia artística sevillana de nuestro siglo.

Manuel LORENTE